

Hacia un Desaprendizaje Consciente

Los Tatuajes de la Palabra y la Consciencia de los Tatuajes

Raiza Andrade*

Resumen

Los paradigmas se encuentran sumergidos en los conceptos. La construcción del conocimiento y la comprensión del universo dependen de la palabra que nombra, que define. Empalabramos el mundo y a partir de la palabra reconocemos la realidad que nos contiene. El paradigma de la complejidad, retoma la consideración de una identidad entre pensamiento, lenguaje, conocimiento y expresión. Se enfrenta la necesidad de renombrar, in-formar, reformar, de reconocer las nuevas maneras de decir y desdecir esa danza sagrada de las realidades complejas, en la que participan la mente, la materia, la naturaleza, la vida, el cosmos y la red de relaciones de un sistema cada día más globalizado. Aprender a desaprender pasa por reconocer los límites de la palabra, por reconocer, en consciencia, los tatuajes, las improntas que el paradigma cartesiano ha sembrado en nosotros.

Palabras claves: desaprender, aprender, complejidad, consciencia, conocimiento.

*Profesora Titular, Coordinadora del Postgrado en Propiedad Intelectual (epi) de la Unidad de Consultoría y Proyectos en Propiedad Intelectual y el Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes. 1996-2004. E-mail: raizaandrade@yahoo.com - epi@intercable.com.ve Tel. 58 0274 240.20.40/41/44 - Fax: 58 0274 240.20.42

Abstract

TOWARD A CONSCIENTIOUS UNLEARNING THE TATTOOS OF WORDS AND THE CONSCIOUSNESS OF TATTOOS

Paradigms are submerged in concepts. The knowledge construction and universe comprehension depends upon the word that names and defines. We overflow the world with words and since them, we recognize the reality that contains us. The paradigm of complexity takes back the consideration over an identity among thinking, language, knowledge and expression. It faces the need to rename, in-form, reform and to recognize the new ways of saying and de-saying that sacred dance of complex realities in which partake mind, matter, nature, life, cosmos and the network relationships of an each day more globalized system. Learning to unlearn implies the admission of the limits of the word and also recognizing conscientiously the tattoos and imprints that Cartesian paradigms has implanted in ourselves.

Key words: unlearn, learn, complexity, conscience, knowledge

Los Tatuajes de la Palabra

En los tiempos de rupturas paradigmáticas lo primero que deja de ser es la palabra que nombra, la palabra que define, el concepto. Hasta hoy, la ciencia positivista en sus diferentes ramas, adecuaba su lenguaje a los nuevos paradigmas; existía la capacidad de asimilación de las nuevas maneras de decir porque alcanzaba el tiempo para su difusión a otras áreas de la ciencia.

Hoy en día, la velocidad de los cambios es de tal magnitud, que incluso la palabra tiene que cambiar en sí misma a fin de amalgamarse con todas las posibilidades de construcción de sentido, con esas realidades que irrumpen plenas de complejidades, y que resultan ininteligibles si se tratan de comprender y explicar con los viejos conceptos.

Las palabras ocupan ahora un lugar al lado de un habla que interroga más que afirma, que dialoga más que sentencia, que se reconoce despojada de verdades absolutas, incompleta, desordenadora, detonadora de realidades infinitas e inimaginadas. Según Andrade y Morales (1998), el hombre le ha dado nombre a las cosas desde que tuvo consciencia de sí, comportamiento que ha devenido en problema

en las épocas de rupturas paradigmáticas ya que las palabras llevan en sí mismas una carga semántica de historias y procesos.

La realidad se hace virtual, se percibe que las palabras limitan la comprensión del mundo, debido a que no corresponden a una realidad que cambia en el mismo momento en que está siendo nombrada. Es por ello que debe intentarse crear conceptos o apoyarse en aquellos que contengan en sí mismos la posibilidad y la necesidad del cambio. Unas palabras que evolucionen, capaces de interactuar, de interconectarse, de autogenerarse; que nombren al mismo tiempo que se reconocen incompletas; autoreferenciales; capaces de silenciarse, desaprenderse; un nuevo lenguaje con consciencia de sí; con una realidad omnijetiva y omnicomprendensiva: capaces de abrir y cerrar procesos, a la vez; cotidianas y normales; profundas y llanas, simples y complejas, a un mismo tiempo.

El paradigma se oculta en las palabras-conceptos que son parte integrante de aquel. Y por ello se enfrenta la necesidad de renombrar, in-formar, reformar, de reconocer las nuevas maneras de decir y desdecir esa danza sagrada de las realidades complejas, en la que participan la mente, la materia, la naturaleza, la vida, el cosmos y la red de relaciones de un sistema cada día más globalizado.

Emerge una necesidad de construir y reconstruir palabras-metáforas, que permitan juntar ideas incompatibles de una manera novedosa. (Bohm y Peat, 1988: 47) Palabras-creativas, asimilables a lo que Koestler definía como acto creativo, vale decir, palabras capaces de percibir una situación o idea en dos marcos de referencia, autoconsistentes pero normalmente no comparables. (Koestler, 1964; Bohm y Peat, p. 60)

Se requiere de la construcción de *paladigmas*, (Andrade, 2001) de *palabras-paradigmas* en sí mismas, capaces de dar y darse a luz como decía la filósofa española María Zambrano (1986), susceptibles de generar la convergencia de procesos; facilitadoras del azar; comprensivas del sentido de las coincidencias; inmersas en la lógica del asombro y la incertidumbre.

Si la realidad sólo existe para el observador en el lenguaje, o como afirma Maturana, la construcción del universo depende del lenguaje de

un observador que describe a partir de su ontogenia (Maturana, 1993; Maturana y Varela, 1990; Morin, 1993-1994; Estay y Pastor, 2001, s/p), ¿cómo hacer para desarrollar un lenguaje omnicomprensivo, omnijetivo, entrelazado, divergente y convergente, en el mismo instante en el que nombra?

Martínez Miguélez (2001) se refiere a los presupuestos epistémicos del nuevo paradigma emergente que resultan asimilables a nivel de la palabra, contexto en el que se requiere igualmente de la construcción de un metalenguaje referencial, no reduccionista, transdisciplinario, autoconstructivo y holológico. Una toma de consciencia lingüística, un giro lingüístico tal y como pensaron Humboldt y Nietzsche hace unos cientos de años (Humboldt, 1805; Nietzsche, 1872; Chillón, 2001, s/p). Un despertar de la consciencia que corresponda a la nueva revolución copernicana (Morin, 1993: s/p) de la que emerge el paradigma de la complejidad, para retomar la consideración de una identidad entre pensamiento, lenguaje, conocimiento y expresión.

Pensar, comprender, comunicar quiere decir inevitablemente abstraer y categorizar lingüísticamente: transsubstanciar en palabras y enunciados las percepciones provenientes de la realidad externa y las sensaciones y emociones procedentes de la realidad interna, y enseguida articular esos sonidos significantes en enunciados más complejos (Chillón, 2001, s/p).

Si se piensa con la palabra, se conoce el mundo a medida que lo empalabramos y el lenguaje resulta entonces la referencia de la realidad. ¿Cómo convenir y conciliar significados sobre una realidad mutante, incognoscible si las viejas palabras se han quedado también vacías de sentido porque son referentes de viejas realidades cosificadas y no alcanzan a dar cuenta de las realidades complejas? ¿Qué hacer si la palabra convenida ya no resulta comprensiva?

Aguirre (2002:s/p), en una interesante reflexión sobre Flaubert, afirmaba que la crisis del pensamiento que caracteriza a la modernidad occidental es también la crisis de la palabra. El vínculo que unía a las palabras con el mundo se va resquebrajando y cada vez se hace más necesario reflexionar sobre lo que antes parecía demasiado evidente. Aun cuando el mundo es el lugar de las palabras ya dichas, pues el

hombre se apropia del mundo a través del lenguaje, la palabra ya no es la verdad, ni su instrumento, ni su portadora y a veces no alcanza a ser ni siquiera su reflejo.

Resulta imprescindible imaginar la palabra, recrear la parábola, la *palabra eutópica*, la palabra desacralizadora que revele los nuevos sentidos del ser que habita el entre, la *palabra holoética*, la palabra que trasciende el ahora, la *palabra holopoética*, y *autopoiética* la imprevisible, la inesperada, la paradójica. (Andrade, 2003)

Disoñar el regreso a la palabra liberada del lenguaje representa uno de los principales retos del hacedor de ciencia, arte, técnica, filosofía e incluso religión. Alcanzar a crear la palabra disidente, aconvencional, disensuada; la palabra singular, plural y circulante; la palabra estática y mutante; la palabra del aquí, del ahora, del uno y del otro y del todo, del adentro y el afuera, del no-lugar, de la memoria y el olvido; la palabra que simula y la palabra que crea; la palabra real y la virtual; la palabra intuición y concreción; la palabra laberíntica; la palabra unificada y la palabra heterogénea; la palabra anticipadora y la palabra transformadora; la palabra sagrada y la palabra irreverente; la palabra autopoiética y futurética, y en fin, la palabra con consciencia de palabra.

Iniciar el camino de elaboración de estos nuevos constructos es una tarea urgente. Sin embargo, un proceso complejo va asociado a este intento ya que, como decía Benot a principios del siglo pasado:

«(...) para que una cosa sea signo, basta una sola inteligencia que perciba relación entre lo significante y lo significado. Mas para que algo sea signo de lenguaje, se necesitan dos inteligencias: una que expresamente haga aparecer la cosa significante con intención a dar a conocer una relación entre ella y la cosa significada, y otra inteligencia preceptora de esa relación.» (cfr Ramírez, 2001, s/p)

Esto quiere decir que las nuevas palabras deben ser divulgadas e informadas hasta integrarse en la cosmovisión emergente de las nuevas realidades complejas. La palabra que se enmarca en el paradigma cartesiano, por genérica o aconceptual que sea —por su dificultad al explicar las nuevas realidades—, porta el determinismo reduccionista de la ciencia clásica y de ella derivan modelos, teorías, técnicas de las más diversas

disciplinas o ciencias. En el territorio de lo social condiciona incluso una manera de ver y construir la sociedad, una manera de proyectarla, de planificarla, de controlarla y evaluarla y corresponde a una visión del mundo donde resulta posible prever cualquier comportamiento.

Etimológicamente la palabra, parábola, en su sentido más antiguo, es todo sonido, discurso, habla, destinado a comunicar y expresar significados, a intercambiar ideas (Gómez de Silva, 1998:512), es decir, unirse con el otro para versar sobre diferentes asuntos, estar al lado del habla. En consecuencia, se apoya sobre un sustento de relaciones sociales frecuentes que permiten compartir cosmogonías, visiones del mundo. ¿Cómo encontrar las nuevas palabras que sirvan como referentes de hablas diversas, de múltiples heterogeneidades, de la episteme cartesiana y de la episteme de la complejidad a un mismo tiempo? Resulta imprescindible entonces, la emergencia de un nuevo lenguaje. Sin embargo, planteaba Kartchner, en su reflexión sobre la teoría del caos y su relación con el lenguaje, que la lingüística, que pareciera ser la disciplina que más podría utilizar los conceptos derivados de la teoría del caos, «carece de investigaciones que traten de los métodos e ideas relacionados con ellos.» (2001, s/p)

Si la complejidad, al decir de Morin (1997), presenta la paradoja de lo uno y de lo múltiple, si ese tejido conjunto entrelaza orden y caos, si los nuevos conceptos deberán dar cuenta de relaciones dialógicas, si resulta necesario incluir la conjunción de términos de naturaleza autoexcluyente, ser a un mismo tiempo unicidad y totalidad en contextos de incertidumbre, ¿cómo crear palabras paradigmáticas (Andrade, 2001) capaces de autodestruirse y autogenerarse y que expresen la realidad compleja que pretenden distinguir y aprehender? ¿Cómo aprender a desaprender si no es por medio de volver a nombrar «constelaciones de conceptos», repensar los nuevos condicionantes del acercamiento a una realidad que se reconoce como incognoscible?

Un ejemplo de esos constructos lo constituye la nueva realidad de las redes digitales y el internet. Se ha operado una desterritorialización de la realidad y ha emergido una realidad virtual con sus propios referentes lingüísticos. Resulta común hoy la referencia a un *cybercafé* o a un *click* o a la palabra *chatear*; se convive en el mundo del *bit* y el

hipertexto. El entrelazamiento y la pertenencia simultánea a diversos mundos es una realidad cotidiana en expansión geométrica: «(...) *para un futuro próximo bien podrá afirmarse 'nada más real que lo virtual' (...) se moldea una nueva manera de desarrollar la realidad. Pareciera conveniente, asociarse a las nuevas maneras de pensar, 'conversar', emprender y proyectar.*» (Lapeyre, 2001, s/p) Y todo ello pasa por desaprender y, para reaprender, por volver a nombrar.

Por su parte, la comunicación ha diversificado su sentido. Nuevos modelos sociales hacen su aparición: «ciberespacio», «sociedad de la información», «alianzas caórdicas», «sociedad del conocimiento», «redópolis», «telópolis», «sociedad digital», donde lo común resulta de la interacción entre personas y entre éstas y los sistemas maquínicos, e incluso de sistemas maquínicos entre sí, conectados en red. La velocidad de la información no es sólo una cuestión de aceleración de procesos sino un cambio de la naturaleza del mundo, de los hombres y de las relaciones en general. Paúl Virilio (Lapeyre, 2001, s/p) propone incluso, la «Dromología» como la ciencia referida a la economía política de la velocidad, para estudiar el impacto en la manera de ordenarse el mundo a partir de una información que puede viajar a velocidades inconcebibles.

Lapeyre refiere a Negroponte quien señala que:

«(...) estamos pasando de una civilización de 'átomos' a una de 'bits'. Es decir, nos movemos de una sociedad donde los factores de intermediación estaban asentados en cosas físicas, tangibles, sólidas, etc., hacia una sociedad donde lo distintivo de la intermediación se asienta en un sustrato de 'bits' y (...) un bit no tiene color, ni tamaño, ni peso y puede desplazarse a la velocidad de la luz. Es el elemento atómico más pequeño en la cadena de ADN de la información que describe el estado de algo: encendido o apagado, verdadero o falso.» (2001, s/p)

Suenan voces en el río de las rupturas paradigmáticas. Se habla de la Pedagogía del Caos (Rubio, 2001); se hace referencia a una Pedagogía Profana (Larrosa, 2000) que retome la lectura y la escritura desde la risa y la poética, y hace casi dos décadas ya Morin reflexionaba acerca de una ciencia con consciencia, señalando que:

«*Consciencia sin ciencia y ciencia sin consciencia son radicalmente mutiladas y mutilantes. Los caminos hacia la complejidad son, al mismo tiempo, los de un conocimiento que intenta conocerse a sí mismo, es decir, los de una ciencia con consciencia.*» (1984, p. 28)

Al acercarse a la Era de la Arena, como se ha dado en llamar a la era de la inteligencia en la red, la edad de las inter-retro-acciones entre ciencia, técnica, sociedad y Estado (Morin, 1998, p. 36), el ser humano se verá obligado a inventar nuevos gobiernos, nuevas economías, nuevos conceptos de democracia, nuevos desafíos del pensamiento que cambien la cultura del nuevo tiempo (Milici, 2001, s/p), nuevas formas de aprender, nuevas maneras de conocer y de nombrar la realidad.

Ese es el reto de la ciencia del siglo XXI y de los *pasionadores de aprendizajes* que deberán transformarse en los gestores de desaprendizajes conscientes, en los actores que promoverán las nuevas palabras para volver a nombrar y nombrarse en los procesos de desaprendizajes y reaprendizajes permanentes.

Cualquier intento de hacer la ciencia de este siglo, pasa en consecuencia, por atreverse a renombrar aquellas realidades que se abordan puesto que los conceptos previos, han dejado de significar lo que la realidad de la complejidad muestra.

La Consciencia de los Tatuajes

En la lengua española, se entiende por consciencia, el «conocimiento que el espíritu humano tiene de su propia existencia, de sus actos y de las cosas»; la «integridad moral», lo que está «bien hecho.» (Larousse, 1994, p. 163) Constituye la propiedad que tiene todo espíritu humano, de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta, tanto desde la perspectiva del conocimiento del bien y el mal como del conocimiento exacto y reflexivo de las cosas. (Real Academia Española, 1992, p. 530)

Etimológicamente, la palabra consciencia deriva del latín *conscientia*, consciencia (en los dos sentidos), de conscient, radical de

consciens, participio activo de conscire «saber bien.» (Gómez, 1998, p. 180) Es la capacidad de darse cuenta, de saber bien de la existencia, las sensaciones, las emociones, los pensamientos, el ambiente, el uno y el todo.

Afirma Abbagnano que para la filosofía moderna, el significado del término consciencia es mucho más complejo porque expresa una relación intrínseca al ser humano, esa relación «interior» o «espiritual», por la cual se puede conocer de manera inmediata y se puede juzgar. Es decir, que se trata de un concepto que relaciona el aspecto moral de autojuzgarse con el aspecto teórico, de conocerse de manera directa e infalible. Es afirmar, que a partir de la consciencia, el sujeto es capaz de separarse de las cosas y de retornar a sí mismo, testimoniándose. Presupone, en consecuencia, la realidad como un afuera y un adentro. (1993, pp. 196-207)

La psicología transcurre, históricamente, apoyada en una u otra de estas perspectivas, y sus diversas escuelas psicoanalítica, conductista, consciencialista, humanista, transpersonal, se orientarán entre la dicotomía de la consciencia o la conducta, del alma o del cuerpo; la intuición o el intelecto; la phisis o la psiche, en uno u otro sentido, para darle cumplimiento a sus fines disciplinarios. A excepción de la psicología transpersonal, las diversas escuelas han mantenido, en el devenir de la historia del pensamiento, el enfoque reduccionista planteado en 1637 por René Descartes, quien dio origen a lo que se conoce como dualismo cartesiano al diferenciar la Res Cogitans —una Sustancia que Piensa— donde estarían ubicados el pensamiento, la consciencia, la duda, de la Res Extensa —una Sustancia que es Medible— donde quedarían ubicados el cuerpo, la naturaleza, los sueños, las alucinaciones, los sentidos, la imaginación. (1993, pp. 196-207)

Algunos autores como Müller y Halder, definen tres grados de consciencia: 1) la consciencia objetiva, que pone énfasis en el aspecto de la intencionalidad u orientación de contenidos; 2) la consciencia del acto, que tiene que ver con los procesos psíquicos y pone énfasis en el «darse cuenta» de la experiencia; y 3) la consciencia del sí mismo, que pone énfasis en el yo, como principio de la unidad de todos los actos o procesos psíquicos y de todos los contenidos cambiantes de los mismos. (Ortiz, 2002, s/p)

Es a partir de la Psicología Transpersonal, inspirada en esa vinculación con el pensamiento oriental, (Grof, 1972; Wilber, 1981) cuando se plantea la relación de la consciencia con la totalidad de la experiencia.

Entre otros autores, Wilber (1990, pp. 65-67), considerado como uno de los más importantes teóricos de la Psicología Transpersonal, aborda de manera metafórica, la más amplia síntesis conocida entre el pensamiento oriental y occidental sobre la consciencia. Explica que de igual manera como la luz o la radiación, la consciencia se proyecta en longitudes de onda hacia el tiempo y el espacio. En tal sentido, prefiere referirse a ella como espectro, inspirándose en la descripción del lama Govinda acerca de la visión que tiene el budismo tibetano de la consciencia, como conjunto de numerosas bandas o niveles de vibración.

Para el autor referido, este enfoque permitiría explicar el que distintas terapias, corrientes de pensamiento y diversas religiones, al acceder a una u otra banda del espectro de la consciencia, están en capacidad de explicar la realidad desde ese nivel al cual han tenido acceso, de allí que, cada investigador o pensador estaría en lo cierto cuando hace referencia a su propio nivel, sin que eso niegue la verdad del otro.

Ahora bien, si se comparte que la consciencia tiene que ver con el conocimiento no dual de la realidad, con el conocimiento como realidad interna, externa, natural, biológica, física, social, cultural, psíquica y espiritual; si además tiene que ver con el sistema de valores, con el darse cuenta de la experiencia, de la intencionalidad de los actos, del sí mismo y del otro, tendrá que ver entonces con el aprendizaje y con las formas cómo esos aprendizajes se han entretreído en el Ser y, en consecuencia, resultará la esencia primera a detonar en cualquier proceso de desaprendizaje.

El enfoque Wilberiano, según el cual la realidad es un nivel de la consciencia, resulta pertinente en este sentido ya que parte de considerar que el observador es lo observado y el universo no está dividido en un estado que ve y otro que es visto. En tal sentido afirma que:

«Si es la fragmentación mutiladora lo que convierte al universo en falso con respecto a sí mismo, la realidad sólo puede ser el estado anterior a dicha mutilación (...) El modo dualista de conocimiento limita la identidad al conocedor, mientras que todo lo demás, lo conocido, parece sustancialmente remoto y ajeno. Sin embargo, con el cambio al modo no dual de conocimiento, el conocedor se siente uno con lo conocido, de modo que su identidad cambia también del aislamiento individual al todo, ya que conocer la realidad equivale a identificarse con ella misma.» (Wilber, 1990, p. 67)

Wilber (1991) se basa en el filósofo Smuts —padre del holismo— y comparte con él una visión del universo como conjunto de totalidades jerárquicas que forman parte de totalidades mayores, integradas a su vez, en totalidades de niveles superiores. Campos dentro de campos, entrelazados entre sí y extendidos a través de todo el cosmos, un cosmos que es dinámico y creativo y que se despliega en el tiempo.

Al considerar que la mente, la consciencia, el individuo y la realidad, forman parte del todo, son el todo, se hallará en ellos, en términos generales, idénticas disposiciones jerárquicas. Será posible, en consecuencia, identificar regiones o reinos inferiores, intermedios, superiores, últimos y posibilidades de movimientos evolutivos entre ellos, tanto causales como acausales, que parten de la simple traslación hasta alcanzar la trascendencia. Este conjunto de estructuras de campos entrelazados, de una cada vez mayor inclusividad, es para Wilber, la consciencia.

El enfoque pluridimensional de la consciencia es graficado por Wilber (1991) en sus primeros escritos, como un espiral de tipo arborescente donde estructuras básicas de consciencia se ordenan de manera jerárquica, sin dejar de lado el desarrollo paralelo y continuo que tiene lugar en cada una de ellas. Es decir que en y durante el «ascenso» hacia estructuras superiores de consciencia, todas las estructuras básicas perduran y continúan desarrollándose de manera simultánea.

A su vez, estas estructuras se corresponden con otros campos o estadios siendo, todos ellos, estructuras esencialmente cognitivas, algunas de las cuales constituyen visiones del mundo, mapas cognitivos

que acompañan el surgimiento de una estructura superior de consciencia y que tienen por lo tanto, carácter transitorio. Estas visiones son para Wilber: a) arcaica o pleromática, de carácter indiferenciado, global, correspondiente a las estructuras físicas y sensorio-perceptivas; b) tifónica, incapaz de ver más allá de la descarga inmediata de sensaciones, exclusivamente sentida, correspondiente al nivel emocional-sexual; c) mágica, propia del nivel fantástico y preoperacional, cuando sólo se dispone de imágenes y símbolos y se carece de conceptos, reglas, operaciones formales, imaginación; d) mítica, cuando se dispone de conceptos y reglas pero se carece de capacidad racional y de conceptos para operaciones formales, equivalente a niveles representativos preoperacionales; e) racional, en la que se han adquirido formas de razonamiento operacional, se es capaz de establecer redes de relaciones, sintetizar, relacionar verdades y se corresponde con los niveles lógico-imaginativos; f) transpersonal, donde la visión del mundo racional es reemplazada por visiones psíquicas y sutiles aun cuando permanece la capacidad de razonamiento, reino de los modelos arquetípicos, el espíritu radiante, el uno y el todo, la consciencia trascendente. (1991, pp. 263-265)

Cuando se avanza en la ruta cognitiva como visión del mundo, no se regresa a etapas previas ya superadas, mientras que es posible recorrer y recurrir a todas las estructuras de la escala de consciencia, porque están registradas en nuestra memoria. En esta cartografía de la consciencia el yo aparece como el responsable de los movimientos de ascenso, descenso, conservación o liberación de las estructuras de consciencia y de las correspondientes visiones del mundo entendidas como mapas cognitivos.

El yo es para el autor en referencia, el navegante de los procesos de desarrollo, el vehículo, el escalador y a excepción de los niveles extremos de la escalera de evolución de la consciencia, está continuamente sometido a la influencia de «diferentes vientos.» Es así como:

«Dentro de ciertos límites, el yo puede decidir permanecer en su nivel de organización presente o abandonarlo y cambiar a otro. Si elige renunciar al nivel actual puede ascender o descender en la jerarquía de la organización estructural. Así pues, en un determinado nivel el yo se

encuentra sometido a dos impulsos dialécticos, conservar o negar, mantener o soltar, vivir en el nivel presente o morir a él, identificarse o desidentificarse.» (Wilber, 1991, p. 268)

Se asume plenamente el aspecto volitivo, en términos de deseo, voluntad y energía que el sujeto le imprime a su proceso de conocimiento del uno y del todo, de sí y del otro. Se entiende esa evolución, en el sentido de Sheldrake, como *«proceso de desplegamiento o apertura, en cuanto sistema y principio inherente a los aspectos creativos de la vida»* (Sheldrake.1990:560).

Los niveles de consciencia wilberianos se identifican con una trama de campos cognitivos, en el mismo sentido planteado por Sheldrake (1990), vale decir como espacios de información cuya expresión es vibración, energía, vida o materia. Regiones de interrelaciones e interconexiones de materia y energía que se organizan y desorganizan de acuerdo a pautas y patrones de actividad conductual, social, cultural, mental, espiritual, física o de cualquier naturaleza conocida o por conocerse. La consciencia sería evolutiva de igual manera como lo es el universo, vale decir, de una manera que expresa *una pauta* aún por conocerse, como diría Bateson (1997).

En la década de los noventa Wilber (1998-2000) avanza en el desarrollo de una epistemología de la consciencia y se plantea la siguiente línea de pensamiento: La realidad y el Kosmos no están compuestos de cosas ni de procesos, de totalidades ni de partes, sino de totalidades/partes, de holones (Koestler), de todo el camino ascendente y de todo el camino descendente.

En su planteamiento, no existe ninguna totalidad que no sea parte de otra totalidad más inclusiva y así indefinidamente. Los holones poseen características individuales que le confieren su identidad, su integridad, actividades, autonomía y la capacidad de adaptarse en su comunión como parte de otra totalidad. Poseen la cualidad, el impulso de la individualidad, la comunión, la autotrascendencia y la autodisolución. Cada holón es una unidad/multiplicidad creativa. Emergen holárquicamente (Koestler), es decir, que discurren a través de holarquías naturales (jerarquías del holos, de la totalidad), hacia órdenes de totalidad creciente. Cada holón emergente trasciende pero incluye a sus

predecesores y en esto consiste la evolución, en un proceso que trasciende e incluye.

Desde la visión de la filosofía perenne, núcleo de las grandes tradiciones del mundo entero, la realidad es una Gran Holarquía de ser y de consciencia que va de la materia hasta la vida, la mente y el Espíritu. La evolución tiene una dirección y su impulso básico es la profundidad creciente. «*Consciencia y profundidad son sinónimos. Existe un espectro de la consciencia, un espectro de profundidades. Somos contextos dentro de contextos. Holones dentro de holones*» (Wilber, 2000, pp. 37-68).

Ya no habla de la ciencia de la complejidad sino de las ciencias de la totalidad o teoría dinámica de sistemas y devela veinte principios básicos que denomina <pautas de la existencia> o <tendencias de la evolución> o <leyes de la forma> o <propensiones de manifestación> como hábitos relativamente estables que operan en los tres dominios de la evolución de lo que entiende como uni-versus o el universo (<una vez>) de totalidades/partes, es decir holones, con sus particulares patrones de lenguaje: a) la fisiósfera que se presenta en el lenguaje del naturalismo objetivo, el lenguaje del <ello>, el neutro, el de la tercera persona, lo entendido como verdadero; b) la biosfera donde se expresa el lenguaje del <y>, de lo bello, de la estética y c) la noosfera donde corresponde el lenguaje del <nosotros>, de la ética, de lo bueno.

Esos holones son entendidos como totalidades/partes con capacidad de autopreservación, autoadaptación, autotrascendencia y autodisolución, como cuatro fuerzas en tensión constante en la que interactúan la individualidad y la comunión, a través de rupturas de simetría, de la introducción de giros nuevos y creativos dentro de la corriente evolutiva en la cual no sólo hay continuidad sino también importantes discontinuidades. Es decir, que cada holón es a un mismo tiempo un subholón, parte de otro holón y un supraholón, que contiene otros holones.

Los holones emergen y son en cierto sentido novedosos por lo que no pueden ser explicados ni descritos con el lenguaje del nivel o niveles anteriores. Esta emergencia significa indeterminación pues está enhebrada en el tejido del universo de una manera que no tiene

precedentes, es decir que no está determinada por el pasado y se muestra de manera holárquica como una serie ascendente de totalidades/partes —los organismos contienen células, no al revés; las moléculas átomos y no al revés; este no al revés constituye una simetría inevitable y una jerarquía (holarquía) donde:

«(...) cada holón abarca a sus predecesores y después le añade su propio patrón nuevo, más abarcante, su nuevo código, canon, campo morfogenético que lo definirá como totalidad, de manera tal que cada holón emergente trasciende pero incluye a sus predecesores. Todo desarrollo es envolvente, lo inferior establece las posibilidades de lo superior y lo superior las probabilidades de lo inferior.» (Wilber, 2000, p. 65)

En esta holarquía hay niveles de profundidad y de extensión y la evolución se expresa en que a mayor profundidad, hay una menor extensión y un mayor nivel de consciencia. En tal sentido, el holismo sería reduccionista pues se refiere a un todo extenso y no considera los niveles derivados de esa evolución ascendente que se manifiesta en la profundidad. Los cambios en esa dimensión horizontal, de extensión, los define Wilber como traducción, es decir que los holones traducen su realidad según los patrones de su individualidad y no registran, en consecuencia, todos aquellos estímulos que no encajan en su nivel de estructura profunda. Los cambios en la dimensión vertical son entendidos como transformaciones pues emergen nuevas formas de individualidad que suponen un nuevo mundo de estímulos disponibles ahora accesibles al holón emergente. Es así como en la transformación o autotrascendencia se revelan nuevos mundos de traducción, nuevas y profundas maneras de percibir los estímulos disponibles de este mundo develado. Esto es nuevos lenguajes, nuevas palabras.

Las totalidades superiores dependen de las inferiores que son sus partes constitutivas, por ello, si destruyes un holón de cualquier tipo se habrá destruido la posibilidad de emergencia de todos sus holones superiores y ninguno de sus inferiores. Para Wilber, esto quiere decir que cuanto menos profundidad tiene un holón tanto más fundamental es para el Kosmos porque es un componente de muchos holones. Cuanto más fundamental es un holón, mayor parte del universo lo contiene como parte necesaria o constitutiva. Sin embargo, es menos significativo para el Kosmos pues abarca poco de éste.

Otro principio fundamental es que las holarquías coevolucionan de manera ecológica e interdependiente, marcada por una emergencia creativa orientadora de su direccionalidad a partir de atractores caóticos. Los holones sociales e individuales de un determinado nivel evolutivo, comparten superficies y profundidades y tienden a seguir una dirección de mayor complejidad, de complejidad creciente, de mayor diferenciación/integración, en una dialéctica de la profundidad donde la organización/estructuración va en aumento, lo que conduce a una complejidad creciente y a una autonomía relativa y donde un tipo de exterioridad/interioridad semejante es verdad para cada holón en ese nivel de la cadena evolutiva. (Wilber, 2000, pp. 46-100)

Esto quiere decir en materia de desaprendizaje que al detonar procesos de consciencia de sí y del otro, del uno y del todo, se abriría la perspectiva de la transformación en tanto que holón y, en consecuencia la posibilidad de reinventar nuevas realidades y palabras que las nombren.

Esta visión wilberiana de la consciencia armoniza con la reflexión en torno a lo que se entiende por experiencia. Se asumen en este sentido los planteamientos de la teoría sintérgica de Grinberg-Zylberbaum (1976,1979,1981,1991), quien aborda la explicación del origen de la experiencia como la cualidad que no se puede compartir, ni describir de esa interacción entre nosotros y el mundo. Para Grinberg (1976), «(...) *el término experiencia es un todo inclusor, aún de la consciencia. Todo lo que sentimos, vemos, oímos; todas nuestras emociones, sensaciones corporales, pensamientos, imágenes, etc, son experiencias (...)* Consciencia es la experiencia del darse cuenta.» (Aluni, 2002, s/p) Allí se sugiere que el fundamento es la consciencia y que todas las dimensiones apuntan hacia la trascendencia y esta regresa al origen: la consciencia.

Así, la experiencia imbricada a la consciencia será biológica, comportamental, cognitiva, emocional, social, ecológica y trascendente. Es decir que, parafraseando a Wilber, el ser humano estaría en capacidad de reconocerse, de manera consciente, como holones individuales y sociales y de reconocer igualmente el nivel de profundidad alcanzado.

En la materia específica del aprendizaje del desaprendizaje, se asume que resultaría posible reconocer las estructuras cartesianas

profundas que signan nuestra manera de acceder al conocimiento y de aprender. Al reconocer nuestros propios límites, se estaría en capacidad de desaprender y así reaprender de manera permanente, detonando los impulsores caóticos que faciliten el acceso a niveles superiores de consciencia.

Esto resulta importante no solo en los territorios del aprendizaje. Reflexiones realizadas en 1996 por Laszlo, Grof y Russell (2000) conducen a otorgarle mayor importancia a la consciencia incluso como una posibilidad para la superación de la actual crisis globalizada. Esta crisis la entienden los autores como crisis de consciencia, por ser esta última la responsable de la transformación, los valores, el arte, la ciencia, la religión, la paz, la democracia, la sustentabilidad y la espiritualidad, entre otros múltiples aspectos de la existencia.

Algunas cuestiones surgen como relevantes en este contexto: por una parte lo señalado por Laszlo (p. 38) quien refiere que avanza en estudios acerca del cosmos los cuales apuntan a que éste se expresa en una especie de psicocampo, un sutil «campo de información interconector», el universo se encontraría traspasado por una Conciencia Absoluta y una Inteligencia Cósmica Superior. Grof (p. 47) afirma a su vez, que la manera de pensar de una ciencia dominada por el paradigma newtoniano-cartesiano «*tiene consecuencias funestas para nosotros tanto como individuos como integrantes de una colectividad*», que tal situación exige una transformación interior profunda y una revisión radical de las «*obsoletas concepciones científicas del mundo*», entre ellas el concepto mismo de consciencia, ya que resulta imposible explicar la consciencia a partir del paradigma existente de espacio, tiempo y materia. (p. 50)

Todo ello tiene indudables e importantes implicaciones en la educación. Laszlo se pregunta:

«¿Cómo podríamos hacer ver al sistema educativo que estamos ante un punto crítico, uno de los umbrales de nuestra evolución colectiva y, sin embargo, no poseemos el potencial para dominar o, cuando menos, orientar esta evolución? En casi todo el mundo el sistema educativo es extremadamente conservador, y funciona con una gran inercia (...) los profesores enseñan lo que ellos aprendieron como estudiantes (...) El

sistema educativo tendría que ser mucho más flexible que ahora, mucho más abierto a las ideas nuevas y relevantes, vinieran de donde vinieran.» (2000, pp. 113-117)

Russell (2000) también aporta a estos temas una interesante reflexión y afirma que todo está cambiando, incluso la imagen de quiénes somos. La antigua visión del ser humano como algo distinto a las demás criaturas sólo por tener consciencia, postura defendida por la ciencia actual y el cristianismo clásico, está siendo sustituida por una nueva concepción en la que se considera que la diferencia entre el ser humano y los otros seres radica en el grado de conciencia. (p. 168)

La diferencia radica en que somos concientes de que somos concientes. (p. 170) La facultad de la consciencia es un requisito absoluto para hacer viable cualquier experiencia, la consciencia tiene una naturaleza universal, los animales, los vegetales, quizás los minerales, si tienen órganos sensoriales, pueden percibir y hasta representarse la realidad solo que variará la escala.

El lenguaje y la capacidad de pensar, de razonar, de pensar el pasado, imaginar el futuro, hacer elecciones y reflexionar sobre nuestras experiencias es lo que conduce a aprender, no solo de la propia experiencia, sino de la experiencia de los demás hasta alcanzar a construir un cuerpo de *«conocimiento colectivo muchísimo mayor que el que podría lograr cualquier individuo por sí solo.»* (p. 170)

En su disertación Russell continúa reflexionando sobre la consciencia y concluye afirmando que:

«La nueva fórmula completa, que recuerda la paradoja de la partícula-onda en la física moderna, describiría a los humanos como unos seres paradójicos con dos aspectos complementarios: pueden mostrar propiedades de los objetos newtonianos y a su vez poseer también las de los campos infinitos de la consciencia. Lo apropiado de cada una de estas descripciones dependerá del estado de consciencia en que se realicen las observaciones.» (p. 173)

Mapas, metáforas de espacio, análisis de la ciencia tradicional, experiencias neochamánicas, estímulos químicos vía LSD y drogas de

diferente naturaleza, misticismo, religión, meditación, escuelas de pensamiento o de medicinas alternativas, cosmovisiones ancestrales, ciencia, arte, religión, oriente y occidente, infinitos caminos para buscar respuestas sobre el ser y el hacer de la consciencia y todos en línea recta o en círculo conducen al yo, al sujeto cognoconsciente como el contexto dialógico de expresión de todas las manifestaciones de la consciencia.

La consciencia de sí, del uno y del todo, permitirá superar la brecha entre sujeto y objeto, el pensador y lo pensado, el conocedor y lo conocido, el que siente y los sentimientos, permitiéndonos recuperar nuestro sentido de identidad (Wilber, 1990, p. 386)

Es a partir de la consciencia que el ser humano se encontrará consigo mismo y con el otro, en su adentro y su afuera, en el uno y en el todo a un mismo tiempo y será en la consciencia donde se ubicarán los detonadores de los nuevos aprendizajes basados en aprender a aprender y aprender a desaprender.

De allí que la consciencia de la experiencia, de sí y del otro y de los procesos de aprendizaje, constituya un importante punto de partida y de encuentro de cualquier proceso de desaprendizaje consciente que permita reconocer los tatuajes, las improntas, las huellas dejadas por aprendizajes y vivencias previas.

El Desaprendizaje y el Sujeto Cognoconsciente

Aprender es una aventura, un proceso de creación colectiva, un camino de estructuración de saberes y también de desestructuración. Se aprende, pero también se requiere desaprender. Este último es un proceso que requiere una profunda actitud de admiración y de interrogación; una capacidad de hacernos preguntas frente al mundo y frente a la vida. Nos hemos habituado a aprender en medio de certezas. Hoy más que nunca, necesitamos aprender aceptando la incertidumbre como un componente fundamental de nuestros saberes. No a pesar de la incertidumbre, sino desde nuestras incertidumbres. Por ello, en los aprendizajes, no es sólo importante el qué, sino también el cómo aprendemos y el cómo empleamos dichos conocimientos en nuestra relación dialéctica con la realidad. La pragmática del aprendizaje ha

adquirido hoy en día relevancia, ya que nadie aprende por aprender, sino que aprendemos para actuar sobre la realidad. Y no podemos actuar sobre la realidad si no aprendemos también a leerla y a co-descubrirla. Tarea nada fácil, pues un paradigma centrado sólo en la racionalidad y en la consciencia en solitario, nos empuja a la búsqueda de certezas absolutas y de conocimientos autocentrados.

Desaprender es aprender a desdecir lo dicho y en consecuencia hacer posible la novedad. Es tomar consciencia de los límites de esa consciencia y de los límites del lenguaje, para así recrear la realidad y recrearnos en y con ella. Al decir de Larrosa:

«(...) Quizás los hombres no seamos otra cosa que un modo particular de contarnos lo que somos. Y para eso, para contarnos lo que somos, acaso no tengamos otra posibilidad que recorrer de nuevo las ruinas de nuestra biblioteca para intentar recoger ahí las palabras que nos digan.» (2000, p. 22)

Asumir en un sentido metafórico la palabra biblioteca es hacerla extensiva a la memoria personal de las palabras que nos cuentan cuando abordamos el conocimiento y las palabras que contamos cuando hacemos referencia a la realidad y a la existencia. Al entender las palabras y el lenguaje como rito esencial y al comprenderlo como «condición necesaria del yo, y no solamente expresión, medio, instrumento (...) el yo no es lo que hay tras el lenguaje sino lo que hay en el lenguaje.» (Larrosa, 200, p. 25) Pero como el lenguaje es convención, es cultura, también es, en consecuencia, cartesiano, de allí que haya perdido su antigua capacidad de decir, de hacer y de dar sentido. Larrosa, refiriéndose a Rousseau dice: «soy palabras, estoy hecho de palabras, pero las palabras no me dicen, tengo que callar, y cuando las palabras callan y me encuentro a la intemperie me pregunto ¿quién soy?» (Rousseau, 1980, p. 790, cfr Larrosa, 2000, p. 26)

Ya no nos reconocemos en las palabras dichas, en consecuencia hay que reinventar las palabras (Andrade, 2001) y reinventarlas en consciencia, porque esa autoconsciencia, emergerá de «ese espacio misterioso e inalcanzable en el que la palabra por decir pretende anular la palabra ya dicha.» (p. 26)

El aprender a desaprender es también, la consciencia de los límites que plantean las palabras aprendidas; es la necesidad de ese juego dialógico de recontarnos una y otra vez con palabras nuevas, sin epílogo previsto, sin secuencia conocida, retomando, incluso el silencio, como palabra nueva. Resulta por ello urgente aprender a atravesar palabras de una y otra orilla; releer nuestra biblioteca existencial hasta la iluminación de la consciencia del uno y del todo, de la otredad y del sí mismo, hasta que el juego con los velos que nos recubren como realidad, se transforme en un rito cotidiano.

Desaprender es tomar consciencia de que somos movimiento, devenir, creación, permanente descubrimiento y metamorfosis; un *continuum* hacerse, deshacerse y rehacerse, abierto a la interrogación. Desaprender no es más que dejarnos permear por lo imprevisto, por lo incierto; no perder nunca la capacidad de asombro.

Desaprender es aprender a preguntar, aprender a dialogar con lo serio desde múltiples perspectivas; atrevernos a ejercitar la otra mirada. Y una de esas miradas es la risa, esa risa que Larrosa reivindica como componente esencial y dialógico del pensamiento serio, de un pensamiento que en palabras del autor:

«(...) cree y no cree, que respeta y se burla al mismo tiempo de un pensamiento tenso, abierto, dinámico, paradójico, que no se fija en ningún contenido y que no pretende ninguna culminación. De un pensamiento móvil, ligero, que sabe también que no debe tomarse a sí mismo demasiado en serio so pena de solidificarse y de detenerse por coincidir excesivamente consigo mismo. De un pensamiento que sabe llevar dignamente, en lo más alto, como corona, un gorro de cascabeles.»
(2000, p. 152)

Por ello el desaprender, teniendo como base la risa, es preservar la capacidad de detonar espacios de consciencia cada vez más amplios, sostenidos en la desacralización de lo perenne; es despojar de máscaras a la palabra patética para que emerja la palabra poética y con ella la metáfora como detonante de un pensamiento y un lenguaje que se reconocen figurados, tanto en la literatura como en la ciencia o la tecnología, porque la realidad se altera y se transmuta al mismo instante de ser pensada y de ser nombrada.

Insiste Larrosa en que la risa aísla toda convencionalidad, muestra la realidad desde otra perspectiva, desenmascara, cuestiona los hábitos, distancia, relativiza, polemiza, dialoga y entra en contacto con lo serio. La risa es el momento de la autocrítica de la palabra misma, es la consciencia de la contingencia y de la relatividad de la situación comunicativa; es un instante de oscilación entre el ser y el no ser que permite una distancia reflexiva, iluminadora de la limitación contenida en toda fijación; es un movimiento de revocación de la identidad, de toda finitud.

«La risa destruye las certezas. Y especialmente aquella certeza que constituye la consciencia clausurada: la certeza de sí», insiste Larrosa. (200, pp. 151-163) Y sólo en la pérdida de certezas se encuentra la posibilidad del devenir. De allí que un desaprendizaje apoyado en la risa facilite el deslastrarse de vivencias, experiencias, conocimientos, creencias, paradigmas y la apertura a nuevas formas de ser, hacer, pensar y existir. Activa el reconocimiento de aquellas zonas en las que se hace necesario accionar detonadores conducentes a desritualizar las viejas estructuras de aprendizaje cartesiano.

Desaprender es deconstruir aprendizajes previos para alcanzar un reaprendizaje basado en la discontinuidad, la inestabilidad, las fluctuaciones y la no linealidad. Es, en consecuencia, la habilidad de tomar consciencia de los límites que los aprendizajes previos generan en el proceso de adquisición de nuevos conocimientos. Algunos de estos límites son las teorías, actitudes, métodos, preconcepciones, verdades consideradas como absolutas, visiones fijas, dogmatismos, posiciones, restricciones para aceptar otras formas de conocimiento.

El desaprendizaje es entonces, la capacidad para despojarse de conocimientos, creencias, vivencias y abrirse de manera permanente al cambio. Es el olvido selectivo (Moreira, p. 2002, s/p) que permite el reaprendizaje crítico. Pero desaprender no es tan sólo deslastrarse de viejos conocimientos sino reconocer de manera consciente los soportes donde se han apoyado estos aprendizajes, los lenguajes, los métodos, las estructuras mismas del conocimiento, en cualquiera de sus expresiones, incluso los límites, y prepararse para una nueva manera de ver, percibir, conocer, ser y estar en la realidad. Es transitar los intersticios de los ritos cognoscitivos. Es por eso que ese camino incluye al pasionador,

al participante y al entorno porque en esa relación de desaprendizajes se construirá el nuevo espacio del «entre» como lugar o dimensión de nuevas significaciones co-construidas y en co-evolución permanente.

El desaprendizaje es deconstrucción consciente, entendiendo por deconstrucción lo planteado por Derrida (1994) —en relación al lenguaje— como la destrucción de las estructuras con las que el lenguaje de la ciencia se ha apropiado del mundo cosificándolo en oposiciones binarias de pensamiento y acción. Por analogía se asume que desaprender de manera consciente se traduce en un acto voluntario de deconstrucción de las bases paradigmáticas del pensamiento cartesiano y el reconocimiento de las estructuras esenciales sobre las cuales se ha instalado nuestra manera de conocer y conocernos, aprender y aprehender la realidad, con la finalidad de asumir un reaprendizaje en el marco de la complejidad desde una perspectiva de coevolución y auto-eco-regulación consciente.

Aprender a desaprender es tomar consciencia de la propia naturaleza del sujeto como ser cognosciente en constante cambio.

Bibliografía

- Abbagnano, N. (1993). *Diccionario de Filosofía*. México. Fondo de Cultura Económica. Décima reimpresión.
- Aguirre Romero, J. M. (2001). *Palabras y vacío. Lenguaje y Tópico en la Obra de Gustave Flaubert*. Disponible: <http://www.google.com>. [Consulta: 2001, octubre 23; 11:16].
- Aluni, R. (2002). *Implicaciones Psicológicas de la teoría Sintérgica*. Disponible: <http://homepage.mac.com/penagoscorzo/ensayos5.html> [Consulta 2002, agosto 09; 03:35].
- Andrade, R. (2001). *Construyendo Paladigmas*. Diario Frontera, Mérida, Venezuela.
- (2002). El Paradigma Complejo. Un Cadáver exquisito. *Cinta de Moebio* No. 14. Septiembre 2002. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile. Disponible: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/14>
- (2003). *Aprender a Desaprender. Juegos Dialógicos de Desaprendizaje Consciente*. Tesis Doctoral Mención Publicación UNIEDPA (Mimeo)

- Andrade, R. y Morales, N. (1998). *La Creagogía, Caminos abiertos a la Creación*. Disponible: http://curriculum97.postgrado.uc.edu.ve/ponencia/290-6_f.html
- Bateson, G. (1997). *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Bohm, D y Peat, D. (1988). *Ciencia, orden y Creatividad. Las raíces creativas de la ciencia y la vida*. Barcelona. Kairós.
- Chillón, A. (2001). *El giro Lingüístico y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística*. Disponible:<http://www.bib.uab.es/pub/analisi/> [Consulta: 2001, noviembre 19;11:10]
- Derrida, J. (1994). *Márgenes de la Filosofía*. Madrid. Cátedra
- Estay, C. y Pastor, J. (2001). *Proyecto de Investigación-Acción en Sistemas de Información: fundamentos y estructura de gestión*. Disponible: http://www.lsi.upc.es/~el_estay/papers.htm [Consulta: 2001, septiembre 29;10:10]
- Gómez de Silva, G. (1998). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española*. México. F.C.E, Segunda edición.
- Grof, S. (1972). *Psicología Transpersonal*. Barcelona. Kairós
- Kartchner, P. (2001). *La Teoría del Caos y el Lenguaje*. Disponible: <http://www.coh.arizona.edu/spanish/symposium>. [Consulta: 2001, agosto 19;11:10]
- Larousse (1994). *Diccionario de la Lengua Española*. México. Ed. Larousse.
- Larrosa, J. (2000). *Pedagogía Profana. Estudios sobre Lenguaje, Subjetividad, Formación*. Buenos Aires. edu/causa. Coedición Novedades Educativas. UCV.
- Laszlo, E., Grof, S. y Russell, P. (2000). *La Revolución de la Consciencia*. Prólogo de Ken Wilber. Epílogo de Yehudi Menuhin. Barcelona. Kairós.
- Martínez Miguélez, M. (2001). *El Proceso de nuestro conocer postula un nuevo Paradigma Epistémico*. Disponible:<http://prof.usb.ve/miguelm> [Consulta: 2001, octubre 22; 11:30]
- Maturana, H. (1988). *Ontología del Conversar*. Revista Terapia Psicológica. Chile
- Maturana, H. y Varela. F. (1980). *El árbol del conocimiento*. Madrid. Debate.
- Milici, C. R. (2002). *Incidencia de los Medios de Comunicación y la Globalización en la Nueva Democracia*. Disponible: <http://www.todoiure.com.ar/monografias> [Consulta: 2002, enero 29; 10:38]
- Moreira, M. (2002). *Aprendizaje Significativo Crítico. Critical Meaningful Learning*. Disponible: fiumsa.edu.bo/cursos/presentaciones/moreira [Consulta 2002, junio 18; 11:20]
- Morin, E. (1984). *Ciencia con consciencia*. Barcelona. Anthropos. Editorial del Hombre.

- (1993). *El Método I La naturaleza de la naturaleza*. Madrid. Ed. Cátedra. Colección Teorema. Tercera edición. Trad. Sánchez, A. y Sánchez, D.
- (1997). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Gedisa. Barcelona, España
- (1998). *El Método IV Las Ideas. Su habitat, su vida, sus costumbres, su organización*. Madrid. Ed. Cátedra. Colección Teorema. Segunda Edición. Trad. Sánchez, A.
- Najmanovich, D. (2001). *Nuevos Paradigmas, Vínculos y Complejidad*. Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo. Disponible <http://www.psinet.com>. [Consulta 2001, agosto 22; 02:53]
- Ortiz, J. (2002). *La Psicología de la Consciencia*. Disponible: <http://www.soa.edu/ia99/anual05.html>
- Ramírez, J. L. (2001). *El Significado del Silencio y el Silencio del Significado*. Disponible: <http://www.ub.es/geocrit/sv-73.htm> [Consulta: 2001, octubre 28; 10:51]
- Sheldrake, R. (1990). *La Presencia del Pasado. Resonancia Mórfica y Hábitos de la Naturaleza*. Barcelona. Editorial Kairós.
- Wilber Ken (1990). *El Espectro de la Consciencia*. Barcelona. Kairós.
- (1991). *Los Tres Ojos del Conocimiento. La búsqueda de un nuevo paradigma*. Barcelona. Kairós.
- (1998). *Sexo, Ecología, Espiritualidad. El alma de la evolución. Consciencia Global. Trilogía del Kósmos*. Madrid. Gaia. Vol I. Libro I. 2ª edición.
- (2000). *Breve Historia de Todas las Cosas*. Barcelona. Kairós. 3ª edición.
- Zambrano, M. (1986). *Senderos*. Anthropos. Madrid. Editorial del Hombre.